

Una educación de la virtud sin moralismo

Cuando empezaba mi militancia por una transformación radical de la educación veía, más allá de la tan evidente crisis, una trágica inoperancia y a la vez el inmenso potencial de una educación orientada verdaderamente hacia el desarrollo humano; pero me parecía el esclerosamiento de las instituciones educacionales un aspecto más de la burocratización del mundo y de un universal olvido por parte de las burocracias de los servicios y funciones para los cuales fueron creadas. Visiblemente, las instituciones tienden a convertirse en entidades que principalmente sirve a su propia perpetuación y a quienes las integran, y cuando los sindicatos de educadores piden mejoras, sólo hablan de sueldos y no de resucitar la educación para que corresponda a la vocación de enseñar de quienes eligieron dedicarse a ello. Se piensa, seguramente, que tal idealismo poco serviría a los educadores, sin sospechar que su malestar generalizado, ampliamente documentado en las estadísticas de todo el mundo occidental, derive del hecho de que hayan renunciado a funcionar como seres humanos al tornarse prácticamente en robots al servicio de la información y el adoctrinamiento ciudadano.

Hoy en día he llegado a pensar que la atrofia de la educación, lejos de constituir una manifestación más de la condición crítica del mundo, merezca ser considerada una de las principales causas de la ignorancia (letrada) así como a la corrupción generalizada que le subyacen.

Quiero decir por *atrofia* de la educación que no atiende a su supuesta función de educar, y por *esclerosamiento* que se resiste al cambio y al desarrollo, como si se enorgulleciese mucho de lo que hace (cual es enseñar a pasar exámenes) y a la vez no quisiese molestarse en aprender a hacer otras cosas. Pero a pesar de decir tales cosas es tal mi convicción de que debemos atacar nuestro mal colectivo de raíz, que por el momento dejaré de lado la cuestión de cómo se le pueda infundir nueva vida a un fósil, para concentrarme en cómo sería esa nueva vida.

Aunque en mis libros anteriores¹ me he concentrado en la propuesta de educar personas completas (propuesta que incluye la profundidad de la consciencia y respeta la individualidad). En éste capítulo me concentraré en algo que dio que pensar a muchos filósofos pero que suena tan anticuado hoy en día como para parecer irrelevante. Podría simplemente anunciar mi tema como el de la *virtud*, si no fuese porque la virtud a la que quiero referirme es algo tan diferente de la moral que debo especificar, como y he hecho en el encabezamiento de este capítulo: “virtud sin moralismo”.

Es en Licurgo, rey y legislador de Esparta, a quien los griegos consideraban como uno de los siete sabios, que tenemos el más antiguo precedente escrito acerca de la idea de gobernar para la virtud. Más precisamente, su idea inspiradora fue la de que no puede imaginarse una sociedad armoniosa y feliz sin el fundamento de personas felices. Tal idea implicaba la de una prioridad política de una educación para la virtud, que fue a su vez retomada por Solón, legislador de Atenas al que también se incluyó entre los siete sabios de la Antigüedad, y a través de él pasó a Sócrates y a Platón, que llegó a llamar la atención de todo el mundo hacia la noción de que un buen gobierno requeriría de líderes educados no sólo en términos de sabiduría sino también de virtud.

¿Cómo, podemos preguntarnos, una tan buena idea expresada por tan egregios portavoces pudo haberse desvanecido en el curso de la historia de la educación a tal punto que en muchos países hoy en día sólo se toma en serio la educación científica? Me parece que se presta para explicarlo lo observado a través del desarrollo de los EEUU de Norteamérica.

Cuando los padres fundadores formularon la Constitución de los Estados Unidos se sintieron movidos por el entusiasmo de crear una nación verdaderamente nueva, de acuerdo con un ideal mínimamente contaminado por las taras políticas del pasado. Pero no bastaba con la constitución: para conseguir los suficientes votos en el estado de Nueva York era necesario proclamar su espíritu a través de una serie de escritos cuya compilación se conoce hoy como los Federalist Papers, que Gordon Allport (profesor mío en Harvard) consideraba una obra maestra de psicología social antes de que surgiese explícitamente tal

¹ (cambiar y la civ)

disciplina. Y me parece notable que para sus autores (Adams, Hamilton Madison y otros) estuviese claro que incluso el gobierno a través del más perfecto código de leyes sólo podría funcionar entre personas virtuosas.

Si nos preguntamos cómo puede entenderse que, en vista de tal convicción, no hayan actuado consecuentemente, dándole una prioridad política a la educación en la virtud, la respuesta es clara: no pensaron que debieran ocuparse de algo que consideraron la responsabilidad de la iglesia, y que lo que no dudaron que la iglesia se estuviese ocupando con gran celo.

Ante la mirada del presente, sin embargo, la virtud de los puritanos se nos revela como algo tan cuestionable que la misma palabra “puritano” ha cambiado de signo, pasando a aludir a una problemática psicológica caracterizada por el excesivo moralismo de personas demasiado dadas a los sermones, a actitudes represivas y a una altivez prejuiciosa que ve inmoralidad y salvajismo por doquier. Con el tiempo, podemos decir que lo que en aquellos tiempos se llamaba virtud se nos hace una virtud de dueños de esclavos, demasiado dados a la conquista de indios “salvajes”.

Pienso que cuando la gente aprendió a verse a sí misma de manera más auténtica y realista, la obsesividad y el espíritu de conquista del puritanismo quedaron desenmascarados, y su virtud perdió su reputación. Debido a este desprestigio de la virtud que acompañó a sus demasiado humanos y altisonantes portavoces hemos ido constituyendo una sociedad predominantemente secular, desilusionada no sólo de Dios sino también del empeño en der mejores personas. Sólo que al desvanecerse el intento de dar lo mejor de nosotros mismos el mundo se ha vuelto cada vez más corrupto y queda a la vista de todos lo que Licurgo y los fundadores de los EEUU tuvieron el mérito de prever: que no es compatible la corrupción con una comunidad feliz. Es más: el cinismo imperante ante la virtud nos ha llevado a un mundo corrupto en que no sólo la virtud representa una desventaja, sino uno en que el impulso al sano desarrollo de las personas se ve sistemáticamente inhibido, con una pérdida incalculable desde todo punto de vista, tanto individual como colectivo.

La desvirtuación de la virtud que he ilustrado con la consideración de un para de siglos de la historia de un país pudiera haberse ilustrado no menos elocuentemente con la historia del cristianismo a través de veinte siglos, y así lo ha hecho Iván Ilych, teólogo y crítico social que resume el proceso en el dicho latino “*corruptio optimi quae est pessimi*”. Ya Shakespeare en uno de sus sonetos había dado expresión a esta idea de que lo mejor, cuando deteriora, se convierte en lo peor: al podrirse los lirios, dice, huelen peor que otras flores; pero para Illich esto se tornó en una preocupación dominante—como lo revela la entrevista póstuma de David Cayley, ahora publicada como *Rivers North of the Future*.

“Lo que torpemente digo ahora, improvisadamente, es algo que he evitado decir por durante treinta años. Vamos a ver si lo digo ahora en forma que los demás puedan escucharlo: mientras más te dejas concebir el mal que ves como un mal diferente y misterioso, mayor se te hace la tentación—ya no puedo evitar decirlo, no puedo ya contenerme de decirlo—de maldecir la encarnación de Dios”.

Como cristiano en su credo, Illich no duda en considerar a Jesucristo encarnación única de Dios, pero como cristiano en el corazón, no puede dejar de reparar en cómo a través del intento de la iglesia de garantizar o regular la revelación, lo mejor se había convertido en un mal sin precedentes.

¿Pero no es lo que Illich observa del cristianismo algo semejante a lo que Max Weber observaba de todos los movimientos espirituales, en que a una fase inicial carismática sigue una fase decadente burocrática? Y podemos ir más lejos, como he planteado en mi libro anterior, concibiendo que la civilización misma haya nacido, no tanto de una gran luz como de una gran sombra proyectada por esa luz; no tanto de la grandeza sino de la grandiosidad que vino a complicar esa grandeza.

Volviendo al tema de la virtud, diríamos que había grandiosidad más que grandeza en la virtud de los que se preciaban de ser buenos puritanos, en tanto que de la virtud verdadera se puede decir, como lo dice Lao Tsé, que “Virtud no virtud, por eso virtud”. Lo que traducido menos literalmente quiere decir que la virtud no es lo que se dice “virtuosa”, y es eso precisamente lo que la caracteriza como tal. O que la virtud es algo espontáneo, y no una postura adoptada según tales o cuales cánones para parecer ésto o aquello.

Naturalmente, esta virtud natural o espontánea es algo muy diferente de lo que está en juego en lo que ordinariamente llamamos ética, que es el intento de actuar según ciertas

nociones de lo que sea nuestro deber. Aunque los preceptos morales sean algo que distinguimos de las leyes, puede decirse que sean cosas muy similares en cuanto a su normatividad, y podemos decir que es a ambas que se refiere Lao Tsé cuando en otro pasaje dice:

“Cuando la armonía original se perdió, surgieron las leyes.”

Si pensamos en el código de Hamurabi o en el libro de Manu, podemos aproximadamente decir que surgieron las leyes a comienzos de la civilización, de modo que poco sabemos de los prehistóricos tiempos a los cuales tradiciones y leyendas atribuyen una mayor armonía. Y aunque las excavaciones de los arqueólogos confirman que sólo desde hace unos 6 mil años aparecen los indicios de desigualdad social y de guerras, poco sabemos de la mente de esos pueblos aparte del hecho de que aún no se había establecido la primacía de la masculinidad. Lo que no impide que nos parezca muy posible que hayan comenzado nuestros actuales problemas, como lo describe simbólicamente el Génesis: cuando nuestros antepasados comieron el fruto del árbol del “conocimiento del bien y del mal”. Lo que equivale a decir que los juicios a través de los cuales condenamos lo malo y premiamos lo bueno no sólo han venido a reemplazar el bien superior de la conducta que se orienta hacia el bien sin necesidad de recompensas o amenazas, sino que han entrañado un serio problema. De más está decir que aunque haya condenado al Maniqueísmo como herejía, el cristianismo no sólo ha creído en el Diablo, sino en la condenación—que relega sistemáticamente al infierno o a sus equivalentes en este mundo a aquellos a quienes ha percibido como sus aliados.

Si hubo alguna vez una Edad de Oro como lo pensaban los antiguos taoistas, debió ser una en la que vivimos “organísmicamente”, dentro de esa sabiduría y sanidad intrínsecas que ellos describen como sintonía con el Tao. Las leyes fueron una manera segura de contener la ausencia de virtud cuando la corrupción ya comenzaba a tornarse en plaga de nuestra vida social. Pero las leyes no fueron suficientes, como ha demostrado la historia, y ello ya se hizo patente aún en vida de Moisés, cuando a pesar de la oportunidad de ser inspirado por tan gran profeta, al pueblo de Israel se fue haciendo objeto de reproches cada vez más severos por parte del dios que a través suyo demandaba de su pueblo no sólo obediencia ante las pruebas que le imponía, sino que le sirviese con alegría. Al parecer, fue demasiado

pedir por parte de ese híbrido entre el Gran Espíritu y de la proyección patriarcal al cielo de los problemas de la gente de entonces con su propio padre internalizado.

Pero se ha necesitado de la perspectiva de milenios para que la normatividad misma se nos revele como problemática—y aún que la psicología ha establecido la mayor efectividad de la comprensión y del afecto sobre los castigos, muchos siguen opinando que lo que la educación necesita es una disciplina más severa.

Proponer hoy en día las tablas de la acción virtuosa del pasado choca además con la complicación adicional de que vivimos en un mundo pluralista en que cada sistema ético parece quitarle autoridad a los restantes, y no se ha formulado una síntesis convincente. Ya no creemos que una escuela determinada deba tener una prioridad hegemónica sobre las demás, y sabemos cuán graves son los conflictos entre valores y culturas.

No es mi tema, sin embargo, el de la ética, sino el de la virtud entendida como una condición interior de la cual fluyen naturalmente los actos que calificamos como buenos; pues ya que nuestro *Zeitgeist* parece no creer ya en la efectividad de la moral autoritaria merece la pena ocuparse de la virtud propiamente tal, si recurrir al moralismo. Y antes de proseguir debo reconocer que, por más que la civilización haya entrañado una transición de la sociedad a una normatividad mayor, la virtud para Sócrates de ninguna manera se confundía (como posteriormente la de Kant) con un sentido del deber educado por la cultura, sino que, como en Lao Tze, resultaba de la maduración de la sabiduría. E igualmente para Aristóteles los actos virtuosos eran la expresión de ese estado de la mente que llamaba eudemonía en que se confundían la felicidad de la plenitud y la serenidad desapegada. Sólo que en el curso de la historia de la filosofía se olvidó ese énfasis original en la virtud como condición de la mente, cayendo en doctrinas como el utilitarismo y el deontologismo que terminaron llevando a la crisis filosófica de la ética, de modo que el positivista lógico Ayer llegó a comparar a los juicios éticos como exclamaciones de gusto o disgusto y al hombre común a sentir que más vale desentenderse de una ética tradicional hecha por y para varones blancos y severos muy sesudos pero algo faltos de humanidad y sentido ecológico, que no supieron evitarnos la opresión de las mujeres ni los desastres ecológicos.

No es que no existan en el mundo contemporáneo pensadores que han sabido distinguir la moral normativa de la virtud natural (y aquí podría mencionar especialmente a o a Nishida,

de la escuela de Tokyo, que ve el bien como resultado del autodespertar) pero en vista de una práctica educativa basta con que reconozcamos la distinción entre la moral autoritaria tradicional, que nos insta a hacer lo que las autoridades religiosas o sociales mandan, y la virtud como un estado de la mente superior a aquel de todos los días para la mayoría de la gente, en que la conducta fluye de la expresión de esas emociones destructivas que el cristianismo calificaba como pecados y las escuelas espirituales llaman kleshas u “obstáculos”.

Como el nombre lo implica, la virtud (pues sus raíces provienen del término indo-europeo *vir*, que denota no sólo masculinidad sino también energía) constituye una *fuera* psíquica, y hacía bien Maslow en considerarla una “meta-motivación” para significar con ello un tipo de motivación superior a aquellas de la seguridad, la participación y el respeto. Digamos que aunque sean pocas las personas orienten sus vida principalmente desde o hacia algo más allá de la voluntad consciente de nuestro pequeño ego, tal cosa existe en nosotros, aunque imponentemente eclipsada y postergada. Más allá de la acomodación a las normas o demandas del entorno, pareciera que existe en nosotros la posibilidad de respuesta a un llamado interno, y el eco de una conciencia más elevada.

El Tao Te King de Lao Tse* nos dice que el Tao tiene su Te--que es decir que de la gnosis (una intuición del camino y resonancia con el orden universal que asientan en la capacidad de no-hacer y desaparecer por parte de nuestra mente ordinaria) fluye el saber moverse sabiamente en el mundo-. Pero sabemos cuán incapaz de no hacer o desaparecer es la persona movida por “las pasiones”, y cuánto hay en nosotros de desmesura. La virtud de sintonizar con el Tao, entonces, debe de asentar en la capacidad de dis-pasión, ataraxia, paz o neutralidad desapegada: esa virtud a la que se refería la famosa inscripción délfica de “nada en exceso”. Que es la misma a la los estoicos llamaron apatheia, y los padres del desierto consideraron necesaria para el despertar del amor de Dios.

Nuestro ser esencial, intrínsecamente virtuoso, entonces, está aprisionado en nuestro ser pasional como en una crisálida de la que tiene la posibilidad de liberarse--y llamamos virtuoso también el trabajo por tal liberación, que conlleva el esfuerzo por desidentificarnos de nuestro ‘ego’ o mente pequeña cotidiana y permitir que nuestra capacidad amorosa sea cada vez menos interferida por nuestras necesidades neuróticas.

Basta con que nos preguntamos cómo sea posible superar tales emociones destructivas para que nos demos cuenta que la mejor vía no será la de criminalizar los pecados como ya se hizo durante el cristianismo medioeval del que seguimos siendo herederos, sino la de superar la mente neurótica, de la cual tales emociones son síntomas capitales. En otras palabras, lo que necesitamos es un desplazamiento desde lo ético a lo médico, y desde el énfasis en el bien a un énfasis en la salud afectiva, que se caracteriza por la capacidad de amar y la consiguiente felicidad.

Lo más cercano a la psicoterapia que se ha conocido a través de la historia, me parece, ha sido la actividad de los chamanes y aquella de los moralistas griegos y romanos tales como Diógenes, Zenón, Epicuro, Epicteto, Marco-Aurelio y Séneca—a quienes interesó más el ensañarle a la gente a vivir mejor que formular verdades abstractas de las que se ocuparon los demás filósofos. A pesar de su sabiduría y su benevolencia, sin embargo, pero incluso ellos operaron dentro de las restricciones del mero discurso verbal y de la disciplina de la acción correcta, pues en el tema de la virtud verdadera como en el del despertar espiritual en general pocos son los que pueden aspirar a ser ganadores aunque sean muchos los que participan en la carrera en pos de la realización personal. Y el problema de explicar y predicar la moral, aparte de la gran demanda que ejerce sobre la motivación del individuo, es que la virtud no puede ser fabricada sin virtud, por decirlo de alguna manera, como si pudiera simplemente depender de nuestra voluntad y comprensión. Así, poco pudieron hacer con sus meros consejos y su ejemplo viviente, pues la purificación de la mente es ardua y depende en gran medida de una motivación a la que pocos alcanzan. Naturalmente, mucho menos podrían hacer por sus semejantes en la era empresarial, en la cual cada uno de los antiguos pecados capitales ha llegado a constituir una ventaja.

Un psicoterapeuta actual, en cambio, tiene otros recursos, y un educador tiene la ventaja adicional de que su tarea es más modesta, pues prevenir a tiempo el deterioro emocional es más fácil que sanarlo. Es decir: si nuestra sociedad secular ha perdido interés en el tipo de virtud que predicán las iglesias, puede serle útil, como alternativa, interesarse más en la salud mental.

La propuesta de velar por la salud emocional más que por la ética normativa y su acompañamiento de persuasión, disuasión y sermones, ya sería suficiente siempre que

estemos de acuerdo en que entenderemos por ello la superación de las emociones destructivas o pasiones a través del autoconocimiento y la regeneración del potencial amoroso de las personas. Desgraciadamente, sin embargo, de modo semejante a como las leyes, originalmente creadas desde una voluntad de justicia, terminan constituyendo un vehículo del poder en una sociedad injusta, o como la educación nacida para servir a la transmisión de la sabiduría, se ha transformado en un baluarte de ceguera informatizada, también la administración institucionalizada de la salud se ha contaminado en la sociedad patriarcal con ese poder opresivo que tan elocuentemente han desenmascarado Thomas Szaz y Foucault, hasta que el concepto mismo de salud se ha desvirtuado por definiciones estrechas que desatienden lo psicológico y ponen en primer plano la adaptación social y llegan a negar que haya tal cosa como una adaptación a la propia naturaleza o a la vida.

Ya Platón, pues éste ya observaba que existían dos tipos de médicos: aquellos que se acercan a sus pacientes y aspiran a entender sus dolencias a través de un conocimiento personal y aquellos que sólo los observan y los tocan, y en el contexto de la pérdida de alma de la humanidad contemporánea, la preocupación por nuestra salud se ha estrechado a tal punto que ha transformado a los practicantes de la medicina en veterinarios humanos.

Gran parte de las dolencias físicas son psicósomáticas y ciertamente muchas más son producto de una conciencia de humanidad degradada y aquí incluiría la alta mortalidad provocada por la contaminación del medio ambiente y la muerte por desnutrición, pero la compartimentalización de la vida institucional lleva a que no interesa hoy mayormente a la medicina el que sólo en la salud mental existe la verdadera felicidad y que por ser la mente neurótica demasiado rabiosa o ansiosa, tímida o narcisista, su felicidad es usualmente fingida y se funda en un estado de inconsciencia.

Mi propia referencia, a través de mi práctica como facilitador del desarrollo psico-espiritual de la gente, ha sido una visión de lo que sean la salud, la madurez y el despertar de una consciencia a la vez superior y más profunda, pero así como he llegado a comprender tal condición sana y despierta a través de mi experiencia y comprensión de la enfermedad, el mal y la degradación de la consciencia, deberé hacer un paréntesis aquí para explicar mi teoría de la neurosis de su destructividad antes de compartir mi teoría de la transformación, la salud y el despertar de la consciencia.

Respecto a la naturaleza de la neurosis y su consciencia degradada, diré que comparto la visión freudiana de la neurosis como excesiva represión de la vida instintiva y sus complicaciones, así como la propuesta de escuelas espirituales que describen la consciencia “samsárica” como presa de ciertas emociones destructivas, y a la vez entiendo la neurosis como una forma equivocada de llenar el vacío que nos deja la inconsciencia de nuestro ser esencial o identidad profunda. Más allá de estas nociones, sin embargo, me parece importante la noción transmitida por Gurdjieff de que nuestros problemas en último término derivan del hecho de que somos seres tricerebrados en quienes los cerebros motriz, emocional e intelectual no logran ponerse de acuerdo.

Debido al efecto traumático que tiene en cada uno de nosotros el espíritu patriarcal (según se orientan quienes nos rodean), reaccionamos al desequilibrio de nuestro entorno con un desequilibrio en cierto modo compensatorio, sin lograr esa integración de nuestros niveles evolutivos en que radicaría la salud.

Correspondientemente, pienso que esa salud mental favorable al amor que respira abundancia y satisfacción y por ello no alimenta los sentimientos carenciales ni estimula el apego ni las actitudes odiosas, de la cual el desarrollo en la sociedad patriarcal nos ha privado, dependa fundamentalmente de la integración de nuestra partes interiores.

Ya he hablado muchas veces de estas partes como facultades, instancias psíquicas y personas interiores, y he propuesto que ya una educación holística, contribuyendo a nuestra plenitud, nos protegería de la mente patriarcal; pero en esta oportunidad quiero poner de relieve lo que me parece entender que sean las formas de amar características de nuestro triple self inter-personal.

Me parece que el eros sea el amor de nuestro yo animal, que vive a través de nuestro niño interior que busca la felicidad, prefiere el placer al dolor y necesita libertad.

Obviamente, la compasión y las formas más cotidianas de la empatía benevolente constituyen nuestro aspecto materno, que es voluntad de satisfacer las necesidades de un prójimo.

El amor admirativo, en cambio, que el el respeto al otro lo valora y para quien la veneración se acompaña de un inclinarse, se desarrolla en el niño ante el padre, a quien toma por modelo y sigue y en relación a quien aprende la adoración de lo divino y la devoción a ideales.

Se comprende que habiendo sido no sólo psiquiatra sino estudioso de la personalidad y también lo que pudiera llamar un “*pecadólogo*” interesado en los vicios capitales identificados por diversas tradiciones espirituales, y muy especialmente en los que se asocian a los 9 tipos caracterológicos que reconoce la Psicología de los Eneatipos, me haya interesado en examinar la relación de los pecados con estas tres formas del amor.

Un estímulo, recuerdo, fue la teoría del pecado que Dante pone en boca de Virgilio en la 4ª cornisa del P, y un trasfondo a esa convicción compartida por Gurdjieff y Tótila Albert respecto a que nuestros males surgen de una falta de unificación entre nuestras “componentes interiores”.

El resultado de mis observaciones puede encontrarse parcialmente en El Eneagrama de la Sociedad y en parte en un capítulo anterior, y sólo diré ahora lo principal, cual es que actualmente no me cabe duda que cada uno de esos estados altamente problemáticos va aparejado a una “fórmula del amor” particular y que en cada caso se inserta tal estado en una personalidad en que el hiperdesarrollo y a la vez distorsión de uno de los amores parece compensar el subdesarrollo de algún otro.

Pero después de haber observado ésto a propósito de la enfermedad, vuelvo al tema de lo que sea la virtud, y propongo que ésta no sólo entrañe la armonía entre lo cognitivo, lo afectivo y lo conativo, sino el equilibrio entre la bondad, la devoción y el gozo.

Lo que me parece importante en vista de que cada uno de los amores puede ser educado, aunque se esté lejos de intentarlo.

Es cierto que tras dos milenios de cristianismo los occidentales hemos dejado de creer ñeque el ideal del amor pueda ser suficiente para hacernos más amorosos, pero pienso que ciertos métodos de psicoterapia pueden ayudar rápidamente a las personas a alivianar la carga de resentimiento o venganza que han estado arrastrando inconscientemente desde su infancia, y que, sanándolas de su negatividad, las lleve a un estado mental más amoroso y benévolo. Y pienso que será mucho más fácil educar a una futura generación para que sea benévola si les enseñamos también a la gente a amarse a si misma.

Me explico: el antagonismo interior entre “super-yo” acusador y exigente y los deseos espontáneos, que cada uno de nosotros hereda de la cultura, implica un odio de sí que es algo así como una castración de nuestra parte materna, y sin esta experiencia básica de amor hacia nuestro niño interior es difícil que podamos llegar muy lejos en amar “al

prójimo como a nosotros mismos”. Pienso, por ello, que dándole a la educación una sana y sanadora dimensión dionisiaca no sólo servimos a una sana integración del eros sino al desarrollo del amor solidario y generoso.

Claro está que faltan en la educación de hoy el amor a los ideales, la sensibilidad a lo sagrado y el sentido de la belleza, y es a esto que se alude a veces al hablar de una “pérdida de valores”. Pero está claro también que tal pérdida de valores no podrá ser profundamente remediada con los cursos sobre valores que se han propuesto, simplemente porque lo que se necesita es una transformación que va más allá de los discursos y las buenas intenciones.

Lo que sí podemos hacer es ejercitar el amor devocional más allá de todo sistema de creencias, y para eso tenemos recursos que van desde el cultivo de la experiencia de lo sagrado al uso de la música—que se nos ofrece en la Babel de los dogmatismos en la moderna sociedad pluralista como una especie de esperanto.

¿No sería interesante hacer el experimento de aplicar en una escuela este modelo de salud como equilibrio de amores, cuidando de la maternización y del fomento del altruismo, del derecho a la felicidad y a la descriminalización del placer y a la vez la reverencia a la vida y el amor a lo ideal?

Mi propuesta incluye aun otro elemento que no he mencionado, sin embargo; un elemento que me parece algo así como un antídoto a la condición implícitamente hegemónica de la mente en todas las formas en que se expresa la psicopatología del carácter, ya sea que lo entendamos desde el punto de vista del dominio de uno entre nuestros cerebros, “centros”, personas interiores o formas del amor: la consciencia neutra, desapegada, que constituye algo así como un espacio común en que nuestras partes pueden encontrarse.

Dicho de otra manera: siendo el caso que la felicidad no sólo depende de la riqueza de nuestra vida amorosa sino del equilibrio del amor, necesitamos no sólo amor, sino sabiduría.

¿Pero qué es sabiduría? Según el diccionario, “comprensión profunda”, pero ni el diccionario ni el uso común de la palabra nos dicen en qué consista esa comprensión profunda, a la que algunos llegan no tanto a través de mucho pensar y saber sino a través de la evolución personal o del encuentro con la muerte.

Lo dice el misticismo cristiano, para el cual la “gnosis” es el conocimiento directo de lo divino, y lo dice en un lenguaje diferente el budismo, en el que se precisa que el

conocimiento supremo sea un conocimiento de nuestra identidad profunda, que a pesar de ser susceptible de ser conocida por la experiencia directa no puede ser traducida en palabras, y que por estar más allá de nuestro mundo conceptual puede caracterizarse como “vacía”.

Todo esto puede parecer demasiado profundo o inalcanzable para ser relevante a la educación, y sin embargo pienso que esta sea una ilusión debida a que porque nuestra cultura se sabe poco de sabiduría.

No sólo los viejos suelen volverse sabios (cuando no deteriora su personalidad y se vuelven idiotas), sino que niños no han llegado a perder una sabiduría natural que no sabemos reconocer, y tal sabiduría consiste en algo como una perspectiva, un mirar desde la distancia, un sano desapego de quien no ha entrado aún en el mundo o lo va dejando a sus espaldas; algo como un sentir que “la vida es sueño”, que todo en ella pasa y que estamos en este mundo para algo más misterioso que sobrevivir, buscar el placer o ser importante.

Tal sabiduría, en quienes han vivido mucho y digerido bien sus experiencias, tiene mucho que ver con el desencanto, y puede decirse un sano desencanto de uno que se ha liberado de un encantamiento. Sano, porque protege a quien así vive de los excesos de pasiones como el ansia de ser querido o respetado, la ambición o el afán de lucro, y a través de ello se torna en un factor de felicidad.

Aproximadamente, podemos decir que es una sabiduría de la no agitación innecesaria, de la no preocupación, del comprender que es mejor estar en paz que correr en pos de ilusiones.

Creo que sea importante comprender que es posible una educación para la sabiduría, y que ésta coincide con el aprender a estar en paz y coincide también con el cultivo de la atención sutil hacia la propia conciencia.

Me explico. Así como los números existen en referencia a un punto cero, todas nuestra las percepciones son figuras que se forma en la superficie de nuestra mente contra un fondo vacío, que es conciencia pura, pura presencia. Y mientras más consciente se vuelve una persona de este fondo vacío, más es capaz de des-identificarse de su yo cotidiano que se identifica a su vez con el sentir, pensar o querer del momento. Así de procura hacerlo en la práctica de la meditación, en que se cultiva la desidentificación respecto a los fenómenos mentales y el reconocimiento de ese espacio abierto y a la vez vacía e infinito que siempre ha estado en nosotros sin que lo reconociésemos, como talvez un pez no reconoce el agua

en que se mueve. Para quien desarrolla tal conciencia sutil que reconoce el fondo silencioso de la mente todo lo demás aparece como pasajero y derivado, algo como un sueño, y porque conoce directamente la estabilidad del silente espacio interno, más allá de las apariencias, se siente en paz. Esto es para mí el núcleo de la educación espiritual: conocer en profundidad la propia naturaleza; pero sería un error pensar que el único fruto de tal ejercicio de desidentificación con la personalidad es sólo la cognición de esa verdad profunda al fondo de todas las cosas que buscan los contemplativos; pues quien va cultivando en si esa mirada neutra o desapegada que los padres del desierto llamaban *apatheia* (y consideraban el prerrequisito para acceder a la experiencia de lo divino) también va adquiriendo la capacidad de conocerse a si mismo—y a través de ello de ir trascendiendo su personalidad infantil condicionada y problemática.

Tal vez los que ahora me escuchan hablar del misterio profundo de la mente piensan que es demasiado poco realista siquiera soñar con incorporar a la modesta tarea de la educación algo que pertenece a los monasterios, o a la formación especializada de aquellos a quienes anima una vocación contemplativa. Atribuyo esta respuesta por un lado a la natural inercia de la mente cuando se trata de concebir algo diferente de lo que está acostumbrada a encontrar y, por otra, a la falta de de noticias respecto al hecho que se requiere un cierto cultivo de la mente para la paz de nuestra mente y para la optimización de nuestras vidas, y que lo que llamamos “contemplativo” puede muy bien ser enseñado, incluso a los niños, sin referencia a contextos dogmáticos tradicionales, ya sea bajo el rubro de “aprender a vivir el presente”, pacificación de la mente, concentración o lo que sea.

Tal es, en suma, mi tesis es que necesitamos salvaguardar nuestra completa realización en una educación en el espectro triforme del amor junto con una educación en la sabiduría dl desapego, que es el “factor neutralizador” que puede actuar como un antídoto para evitar la tiranía intrapsíquica, sea del instinto, del amor-materno o de la devoción reverente y piadosa. Bien sabemos que, por muy importante que sea el valor de cada una de estas formas del amor, todas pueden ser objeto de degradación —y es esto es lo que observamos en general en el mundo: una caricatura del amor bajo la forma de apego al placer, de

bondad fingida o de respeto compulsivo— todos los cuales se asocian a modos de vida en los que escasean la auténtica felicidad, compasión y sentido de lo sagrado.

¿Cómo podemos concebir un currículo que incorpore esta meta cuatripartita?

Respecto a la reintegración de ese animal interior que Freud no instó a reconocer como parte de nuestra naturaleza y que ha sido demonizado desde los albores de la civilización, he aludido ya a la importancia del espíritu dionisiaco, que fue el corazón de la religión original de Europa antes de los dioses Olímpicos y que ha vuelto a hacerse presente a través de la influencia de algunos individuos de estatura profética como Nietzsche y Freud, que pensaba que Nietzsche fuese la persona que había alcanzado un mayor conocimiento de sí mismo en la historia de la humanidad. Algo semejante diría de Fritz Perls, creador de la terapia Gestalt, a quien he llamado a veces un apóstol de Dionisos en el mundo moderno, y me parece que en la terapia Gestalt tenemos un importantísimo recurso para la futura formación humana y vivencial de los profesores. Pues mal podrán los enseñantes solidarizar con el niño interior de sus alumnos y su libre desarrollo sin reintegrar en sus mentes su propia espontaneidad, volviéndose libres y auténticos, y para ello nada como la Gestalt podría representar en el currículo de su formación personal y profesional esa componente dionisiaca que los reconcilie con su sabiduría organísmica.

Naturalmente, la psicoterapia en un sentido muy amplio sería la respuesta a esta necesidad de reintegrar el Eros, aspecto natural e instintivo del ser humano, pero ciertamente no el psicoanálisis, que por lo demás estaría fuera el alcance de la mayoría de los bolsillos. Necesitamos algo que tome menos tiempo y que pueda realizar esta liberación más pronto. En el diseño de mi propio programa está representado tal espíritu dionisiaco una combinación de terapia gestáltica y movimiento espontáneo. Hay más elementos, como el teatro terapéutico, pero éstos son dos poderosos ingredientes constituyen lo fundamental.

Planteaba como otro aspecto de un currículo vivencial para el desarrollo de la virtud el desarrollo de la devoción, el respeto y el amor apreciativo que, en sus formas más elevadas, se transforma en adoración. ¿Cómo puede conseguirse esto a partir de recursos tradicionales?

A primera vista, prácticamente cualquier religión lo conseguiría y si estamos en el mundo cristiano ciertamente las enseñanzas cristianas deben ser consideradas como candidatas para este acometer esta tarea. La interrogante que surge, sin embargo, es si el adoctrinamiento cristiano nos ha llevado al verdadero amor de Dios o tan sólo a una especie de “partido cristiano” que se asemeja en su naturaleza al patriotismo. El problema aquí es similar al del falseamiento de la compasión y la benevolencia que es parte de nuestra inculturación y educación común. También en el ámbito del respeto, desde que se creó el mandato de amar y respetar a los padres la misma compulsión al amor y respeto ha engendrado un sustituto que ha interferido con el tema de fondo. Por este mismo motivo pienso que sería mucho más conveniente para los cristianos cultivar un camino de devoción alejado de todo dogma e incluso de las palabras, y pienso que esto posible de lograr a través de la música, siendo ésta una de mis contribuciones al programa SAT. Para ello se puede proceder con cierto ecumenismo, combinando experiencias musicales con ciertos elementos rituales de diferentes tierras, incluyendo, por ejemplo, prácticas de los indios nativos de Norteamérica o danzas africanas que llevan a estados de trance. Lo importante es poner en ejercicio la capacidad humana de santificación, que no depende necesariamente de la personificación o simbolización del mundo divino.

Finalmente, necesitamos educar a la gente (y especialmente a los profesores de una generación futura en el “amor propiamente tal”-- en el sentido cristiano de amor al prójimo, benevolencia, buen corazón y misericordia o compasión. Pero no puede desconocerse el poco éxito que han tendido los métodos tradicionales al respecto, y seguramente ha sido precisamente el error de pensar de que se pueda alcanzar el amor en forma normativa, a través de prédicas y de buenas intenciones, lo que ha desembocado en el presente abismo que separa los ideales cristianos y la violencia de la Civilización Cristiana Occidental.

En el actual estado psicológico del mundo, el amor es inconscientemente falseado, y el mero hecho que hayamos aprendido a simularlo durante nuestro desarrollo temprano en el proceso de tornarnos en “niños buenos” y “niñas buenas” impide el que pueda emerger un amor auténtico. Justamente porque este falseamiento inconsciente y culturalmente forzado del amor se interpone en nuestro desarrollo es tan importante que lleguemos a conocernos a

nosotros mismos, pues sólo cuando las personas reconocen su hasta entonces no reconocida incapacidad de amar puede despertar en ellas la motivación que las lleve al desarrollo del amor verdadero.

Pero no sólo por el amor hipócrita está bloqueada nuestra capacidad de amor verdadero, sino por el resentimiento con que nos ha dejado el sufrimiento de la infancia, y por el deseo inconsciente de venganza que ha despertado en nosotros la frustración amorosa temprana--que por ello es necesario que reabramos viejas heridas para poder sanarlas; necesitamos darnos cuenta de lo que nuestros padres sin saber ni querer nos hicieron en vista de sus limitaciones inevitables, pues sólo después de ser recordada y re-evocada nuestra rabia infantil podemos perdonar, primero a quienes nos causaron sufrimiento cuando niños y luego las demás personas. No es que el amor necesite ser creado o manufacturado, pues es parte de nuestra naturaleza y de nuestra función espontánea--pero tal función natural necesita ser liberada. Para que fluya nuestro potencial amoroso, es necesario que dejemos de lado hasta cierto punto las emociones negativas que compiten con éste y que hemos desarrollado como parte de nuestra personalidad infantil y defensiva; y también debemos llegar a comprender cómo la ansiosa búsqueda del amor, que también hemos desarrollado a partir de frustraciones infantiles y que ha llegado a constituir una verdadera adicción, también se interpone en el camino de nuestra realización amorosa; y esto, también, requiere de la lucidez del auto-conocimiento y de personas experimentadas que nos guíen. Mi propia manera de ayudar a las personas en el desarrollo de la capacidad de comprensión, perdón y compasión ha consistido en una combinación de psicología aplicada de los eneatis y técnicas propias del ámbito de la terapia (que incluyen ejercicios de autoconciencia y comunicación, ejercicios catárticos y expresivos, y prácticas de reparación de relaciones interpersonales, con particular énfasis en las relaciones hacia los propios padres).

Ya creo haber dicho lo suficiente respecto al cuarto aspecto de mi “fórmula para la virtud sin moralismo”: la profundización de la conciencia a través de la meditación y de la desidentificación con la personalidad a través de la autocomprensión. Los recursos para este fin se encuentran en las técnicas de meditación budista y en la psicoterapia, de las cuales podría decirse que juntas recrean la actitud que los griegos asociaban con Apolo—el

dios de la armonía y del autoconocimiento que destruye monstruos a través de sus certeras flechas, que no son otra cosa que símbolos de una lucidez que deriva de la inmutabilidad y la distancia.

Terminaré señalando que esta propuesta se diferencia de todas las vías tradicionales que parecen menos completas por contraste. Así, la vía cristiana tradicional contempla tanto el amor humano como el amor de lo divino, pero existe y se ha desarrollado en una cultura patriarcal que se ha enajenado del cuerpo y no sólo carece del elemento dionisiaco sino que ha hecho de Dionisos el modelo del demonio. Pienso que así como en el gobierno existe la idea de una fiscalización mutua entre los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, en el plano de educar valores es saludable que haya una supervisión mutua de estas diferentes formas del amor para evitar la hegemonía de cualquiera de ellas y la consiguiente pérdida de completud. Si aspiramos a una totalidad, más vale que comencemos con un modelo inspirado en la completud, aun cuando no lo encontraremos en ninguna cultura particular actual, excepto, a mi entender, en el muy limitado ámbito cultural de las personas que ya han estado expuestas a un currículo como éste y que, en virtud de tal experiencia puedan ser un recurso considerable en un intento futuro de implementar la fórmula integradora que vengo de proponer. En todo caso, los cuatro elementos de esta fórmula pueden educarse a través de disciplinas existentes por más que no hayan sido reunidas hasta el momento en un solo proyecto educacional, espiritual o de salud que yo conozca.

Plantea el eminente filósofo político Isaiah Berlin que debemos resignarnos a los conflictos inevitables de un mundo democrático y pluralista, que nos condenan a vivir en constante tensión, pero me pregunto acaso los conflictos sociales entre valores tales como la igualdad y la libertad no sea el resultado de que nuestra sociedad “civilizada” esté compuesta por personas subdesarrolladas, que no han tenido la oportunidad de armonizar sus tres cerebros- con sus respectivas personas interiores y sus correspondientes formas del amor. Es mi fe, más bien, que la armonía social dependa de la generalización progresiva de la armonía intrapsíquica, y como Tótila Albert o Licurgo pienso que no debemos descuidar la noción de que una sociedad sana dependa de la virtud natural de seres sanos, despiertos y plenos.

Sólo me falta agregar que para que la sanación y el desarrollo psico-espiritual de los futuros educadores se haga realidad, no bastará con tener una comprensión o incluso un método adecuado, pues la evolución personal es un proceso de vida en el que las cualidades humanas positivas tendrán que hacerle frente a diverso tipo de resistencias. Así, por ejemplo, no podemos decir que el sistema educacional haya ignorado el desarrollo humano por simple ignorancia; lo ha hecho en respuesta a una agenda política cuya prioridad es y ha sido la perpetuación de la mente patriarcal. Es por esto que es importante que se entienda el tema de una auténtica educación como prioridad de los gobiernos, no sólo por parte de los enseñantes que son relativamente impotentes sino también de las personas que, a través de su comprensión colectiva pueden siempre influir en el curso de la historia y de los líderes políticos sobre los que recaen tantas responsabilidades y oportunidades, especialmente aquellos que manejan colectivamente el poder económico en el imperio económico transnacional actual, porque son ellos que han sido piratas de la humanidad que tienen hoy una oportunidad única de darles a sus vidas un sentido supremo al transformarse en nuestros salvadores.

Dice McIntyre en su libro “After Virtue” que “tuvo lugar un punto crucial en la historia cuando hombres y mujeres de buena voluntad se apartaron de la tarea de remolcar el imperio y dejaron de identificar la continuación de la civilidad y de la comunidad moral con el mantenimiento del imperio. Lo que se propusieron lograr, en vez—a menudo sin darse plena cuenta de lo que estaban haciendo—fue la construcción de formas nuevas de comunidad en las que pudiera sostenerse la vida moral, de modo que tanto la moral como la civilidad pudiera sobrevivir a las épocas futuras de barbarie y oscuridad. Si mi manera de comprender nuestra condición es correcta, podríamos también concluir que hemos desde hace algún tiempo llegado al punto crucial. Lo que importa en esta etapa es la construcción de formas locales de comunidad en las cuales la civilidad y la vida intelectual y moral puedan subsistir a través de la nueva edad oscura que ya comienza. Y si la tradición de las virtudes logró sobrevivir los horrores de la edad oscura pasada, nuestra esperanza no será del todo infundada. Esta vez, sin embargo, los bárbaros no esperan más allá de las fronteras, sino que han estado gobernándonos durante algún tiempo. Y es nuestra inconsciencia es parte de nuestra circunstancia (*predicament*).

En tanto que McIntyre ve en el surgimiento del cristianismo primitivo un caso de esa “construcción de nuevas formas de comunidad en las que pueda sustentarse la vida moral”, propongo que no sea de una nueva religión que podamos esperar que sirva de vehículo a una nueva virtud, sino de un uso intencional masivo de la educación que la ponga al servicio de nuestra evolución personal y colectiva.

Es frecuente hoy en día hablar de una “educación de valores” en el que el término “valores” se refiere de manera muy amplia a cualidades virtuosas de la mente, tales como la paz, la

libertad, la solidaridad y la felicidad.² Tal vez no éste lo suficientemente informado, pero no me siento muy impresionado por los resultados de esta educación de valores, pese al mérito de sus buenas intenciones. Pienso que su limitación corresponde a la de la moral tradicional: insuficiencia de las palabras y buenas intenciones, y un limitado poder transformador de incluso los mejores sermones. Necesitamos un enfoque alternativo, que puede en principio formularse como el reconocimiento de que los estados y atributos deseables, virtuosos y valiosos de la mente son aspectos de su iluminación-maduración-sanación y la necesidad de darle prioridad a la transformación por sobre las creencias y el comportamiento.

En el fondo, estoy simplemente proponiendo que la educación se haga cargo de la salud mental, pero no sólo de los alumnos visiblemente perturbados ni cualquier tipo de salud mental, porque desear más de lo que hoy se ofrece como salud no sería demasiado diferente que aspirar a un mundo mejor por la vía de la educación tradicional.

No sólo en términos de bienestar individual nos conviene llegar al profundo, pacífico y cálido bienestar de la salud mental; ello es también preciso para que podamos vivir todos juntos en armonía y paz. Y si surgiera un gobierno sabio y bien intencionado que no estuviera completamente a la merced de los intereses de un imperio transnacional que no reconoce valores superiores al del dinero, es esencialmente a través de la educación que éste podría acceder a la posibilidad de hacer virtuosa a toda una generación.

Lo que he planteado en estas páginas constituye una hipótesis que puede ser probada o confutada a través de un experimento educativo evaluado paso a paso, y pienso que tal experimento, por sus consecuencias, sería altamente recomendable.

Sólo que para transformar la educación de modo que ésta se torne en un ámbito de desarrollo de seres humanos completos y armoniosos en vez de ser lo que es hoy (un sistema de socialización al servicio de una sociedad tan corrupta como autoidealizada) sería preciso, en primer lugar, un giro de ciento ochenta grados en las políticas educacionales, así como el reconocimiento del callejón sin salida a que nos ha conducido una educación

² Según la Unesco.

explotadora que al ocuparse sólo de la fuerza de trabajo ha robado tanto a los educadores como a los educandos la oportunidad de sanar, evolucionar y descubrir una vida verdadera. Y una vez que esto haya sido entendido, será prioritario entender cómo puede incorporarse al mundo de los enseñantes una educación efectiva de la virtud (en otras palabras, una ocasión de verdadera evolución psico-espiritual y no sólo meras aspiraciones éticas internalizadas) de manera eficiente y en un plazo razonable.

FIN